

Juan Gelman: «Uno escribe lo que la obsesión le dicta»

Ana Solanes

CON MOTIVO DE LA ENTREGA DEL PREMIO CERVANTES AL POETA ARGENTINO JUAN GELMAN, ANA SOLANES MANTIENE UN BREVE PERO INTENSO DIÁLOGO CON EL ESCRITOR ARGENTINO.

El tono, bajo; la voz, dulce y profunda a la vez. Sentencias cortas, agudas, cargadas de humor y teñidas de cierta melancolía, lo mismo que sus ojos. Así habla –así mira– Juan Gelman, con una mezcla de cercanía y distancia, en un dentro-fuera permanente.

Esta vez viene a España a recoger el Premio Cervantes, un galardón que le emociona «en tiempos tan antipoéticos» y que le ha llenado la agenda de actos y compromisos cuando a él le hubiera gustado, simplemente, «tomar unas copas con los amigos»: «nunca estuve tan solicitado, tan solo por mi mujer». Pero hace ya muchos de sus 77 años que Juan Gelman es uno de los poetas más valorados y reconocidos de su generación. El autor de libros como *Los poemas de Sidney West*, *Valer la pena*, *País que fue será* o *Mundar*, que acaba de publicarse, ha recibido, entre otros, el Premio Nacional de Poesía Argentina, el de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo, el Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda y el Reina Sofía de Poesía Iberoamericana.

No es poco para alguien a quien su madre, cuando abandonó la carrera de físicas por su vocación de poeta, le auguró que con ello «no ganaría un peso en la vida». Aquella mujer culta y llena de energía a quien Gelman escribió una *Carta* que se acabó convirtiéndose en otro de sus libros más emocionantes, llegó a Buenos Aires en 1928 procedente de una familia de rabinos ucranianos. Dos años después nacería Juan Gelman, quien pasó su infancia en

barrio humilde de Buenos Aires donde, con el sonido de la radio y los tangos de fondo, aprendió a amar los versos de Oliverio Girondo, Raúl González Tuñón, Vallejo y tantos otros, al tiempo que crecían también sus convicciones políticas y se afiliaba muy joven a las juventudes comunistas, para ir evolucionando más tarde hasta militar en el movimiento guerrillero Montoneros.

Quien conoce la poesía de Juan Gelman, conoce también su historia, o al menos la parte más dolorosa, pues ese dolor impregna muchos de sus versos: obligado a exiliarse por sus posturas políticas, el golpe de estado de 1976 y la sangrienta dictadura militar le convirtieron en un perseguido y le llevaron a un largo peregrinaje por Italia, Francia o Nicaragua. Ese mismo año, los militares apresaron a su hijo y a su nuera, embarazada de ocho meses, y mientras la joven pareja de apenas veinte años se sumaba a la siniestra lista de desaparecidos-asesinados de la dictadura, la niña que nació –la nieta de Gelman– fue robada y entregada a otra familia y vivió bajo una falsa identidad hasta que su abuelo logró dar con ella después de veintitrés años de angustiosa búsqueda.

En la entrevista se disculpa por su tendencia a ser lacónico, pero estando a su lado, uno se siente cerca de alguien de verdad grande y a la vez cercano, al que fuera de sus poemas le gusta bromear a base de envolverlo todo en una ironía fina y de tirar de su buena memoria para recordar anécdotas divertidas. En la barra de un restaurante de Ibiza, antes de entrar al comedor para cenar, pide un whisky en baso bajo y cuenta, entre otras cosas, que en una ocasión, nada más leer en público un poema de amor, una joven se levantó para preguntarle, casi a gritos: «¿Ese poema lo ha escrito usted *de verdad?*» Le respondió que, efectivamente, era suyo. «¡Hijo de puta!», rugió la chica, y Gelman respondió: «Mujer, quizá no sea la *Divina comedia*, pero tampoco es para ponerse así...» «No, si no es por usted», dijo la irritada espectadora: «El hijo de puta es mi novio, que me conquistó con ese poema, diciéndome que lo había escrito él para mí.»

Juan Gelman, que siempre ha luchado contra el olvido en su vida y en sus poemas, no fue capaz de asumir el *desexilio* del que hablaba su amigo Benedetti. Por ello, tras una breve vuelta a Argentina ya en democracia, comprendió que allí no podía vivir después de todo lo sucedido y cambió su condición de exiliado

por la de *trasterrado* en México. Allí vive junto a su segunda esposa, Mara, desde hace casi veinte años. Allí inventa palabras, escribe poemas sobre vivencias íntimas y realidades colectivas, y obedece a «su necesidad obsesiva de expresarse» porque es ésta para Juan Gelman su manera de *Mundar*, de «padecer y gozar el mundo» a la espera de «que vuelva el futuro que soñamos».

– ¿Qué supone para un poeta recibir un premio como el Cervantes en estos tiempos, como usted mismo ha dicho, tan antipoeéticos y deshumanos?

– Significa varias cosas, pero sobre todo una: el reconocimiento a la poesía y a la manera de estar en el mundo del poeta. No es poco: la poesía es resistencia a la uniformización y pobreza de espíritu que este mundo globalizado nos quiere imponer.

– Coincide además con la publicación de su último poemario, *Mundar*, un título ambiguo, o anfíbio como suele decir, de los que tanto le gustan ¿qué significa o qué podría significar *Mundar*?

– Ir hacia el mundo, padecerlo, gozarlo, estar en él, irse de él, lo que usted elija.

– En *Mundar* hay muchos rasgos característicos de su poesía, por ejemplo una continua meditación sobre las tensiones entre la realidad y el deseo. «La tarde se va / de lo que quiso a lo que pudo.» ¿Vivir es irse acostumbrando a perder o, al menos, a conformarse?

– No lo creo. La muerte de un ser querido es inevitable y el duelo es necesario, permite aceptar esa pérdida, pero conformarse con ella es otra cosa. Y hay niveles que trascienden lo personal: en el Cono Sur de América latina y en Centroamérica, sendas dictaduras militares sembraron la muerte a mansalva. Esto abre interrogantes éticos sobre la poesía en nuestros países. ¿Es vocación de la poesía recuperar la pérdida cada vez perdida, no para hacer de ésta un nuevo origen, sino para buscar en ella lo que hay de poder afirmativo? ¿Para encontrar algo distinto en la repetición? ¿Para volver distinta a la pérdida?

«La poesía es resistencia a la uniformización y pobreza de espíritu que este mundo globalizado nos quiere imponer»

– ¿Quizá la única alternativa a los ideales imposibles sean los placeres simples, como parece sugerir el poema en que afirma: «ocurre / la grandeza del mundo en la / fuga del pato salvaje»?

– No hay ideales imposibles. Tal vez lo sea el llevarlos a la práctica. Por lo demás, pelear por ellos no priva a nadie del goce de los placeres simples. En ese par de versos intenté expresar que la grandeza del mundo se encuentra en muchas partes. Todavía.

– Por cierto que ese poema, «El pato salvaje», está dedicado a su compatriota Jorge Boccanera, poeta, dramaturgo y ensayista que tras el golpe de estado de 1976 en su país vivió largo tiempo exiliado en México y Centroamérica. ¿Qué afinidades literarias o vitales hay entre ustedes? ¿Tienen algo que ver las experiencias de ambos con ese pato que vuela «en medio de su olvido» y cruza el cielo «como una ilusión / de lo que fue no sido / bajo el sol que no hace preguntas»?

– Jorge y yo somos amigos hace mucho tiempo. Admiro su poesía vigorosa, que transmite el ámbito de sentimiento y pensamiento que acuñan el habla de Buenos Aires. Esa es una afinidad, entre otras: ambos padecimos el exilio, aunque éste no dejó una misma marca en todos los exiliados argentinos. Las nuestras se parecen.

– Ahora vive trasterrado en México, después del exilio en París, en Roma, en Zurich o en Ginebra, entre otras ciudades. En el poema Bajo la lluvia ajena escribe «vivir en otra tierras sin mentir, sin mentirme». ¿Era eso lo que buscaba, poder vivir sin mentiras?, ¿lo ha conseguido?

– Traté de hacerlo en los países en que viví y en el que vivo. El desarraigo tiene una característica muy especial: puede dejar venenos en la lengua. En el último poema del libro que usted cita, se dice que la derrota duele. Con los 30.000 desaparecidos en la Argentina, desapareció además un proyecto de cambio y de justicia social. También eso duele. Y es imprescindible reconocer esta verdad, reconocer los errores propios y ajenos, no mentir, no mentirla.

– ¿Y cómo siente Argentina, desde la distancia y el tiempo?

**«Con los 30.000 desaparecidos
en la Argentina, desapareció además
un proyecto de cambio y de justicia social»**

– Es el país de mi infancia, que es patria de muchas otras, en particular la de la lengua. Tengo allí una hija y un nieto, amigos, muchos recuerdos buenos y malos, muchas pérdidas, no pocos encuentros. Mi estancia en México, donde llevo ya casi 20 años, me ha permitido reflexionar a fondo sobre lo ocurrido y me ha pacificado. Esto no significa que encontré la respuesta a todas mis preguntas. También las busco en mi poesía.

– *Hay amigos que casi hacen el papel de personajes continuos en su obra y no deja de recordar a sus camaradas, aunque hable tanto del olvido, como en el poema «Ahí»: «¿Quién dijo / que en el olvido nada / puede crecer?» En otro poema, más antiguo, les dice: «Hasta mañana / compañeros ahora / ustedes siguen las lógicas del muerto.»*

– Fuimos compañeros de lucha y esperanza, ¿cómo olvidarlos si nos jugamos la vida juntos? Y ese «hasta mañana» no es una despedida por estar yo vivo y ellos muertos. Es el encuentro que en la memoria tendré con ellos al día siguiente.

– *Juan Gelman ha luchado siempre por la memoria, «sin la que no es posible construir una moral cívica», su batalla se dirige contra toda esta red de fuerzas a las que les interesa efectivamente el olvido. Sostiene que el tema de los desaparecidos sigue pesando en la sociedad argentina como una herida sin cerrar. – ¿Qué importancia le da a la memoria?*

– «No te olvides de olvidar olvidarte», dice un poema del libro que ha citado usted.

– *Lo dice alguien que sostiene que la venganza no es el camino, pero el perdón, tampoco. Se ha preguntado en alguna ocasión en quiénes delegaron las víctimas la facultad de perdonar en su nombre. El camino para él no es el de tapar los hechos ni fingir que no ocurrieron «porque eso es un cáncer que late constantemente debajo de la memoria cívica e impide construir de modo sano. Para los atenienses el antónimo de olvido no era memoria, era verdad. Yo estoy de acuerdo.» ¿Debemos tener la responsabilidad de saber?*

**«México, donde llevo ya casi 20 años,
me ha permitido reflexionar a fondo sobre
lo ocurrido y me ha pacificado»**

– Claro que sí. De otro modo, no nos sabemos.

– «El dolor / parece algo leído, un papel / arrugado y sin rostro / que ya vivió», escribe en el poema «¿Cómo se llama?» ¿Existe un antídoto para el dolor?

– Es un poema a la mujer amada que eso logra en mí, que el dolor se aleje cuando nos amamos.

– Usted no se rindió hasta dar con su nieta ¿Cómo ha sido el proceso de construcción de su relación?, ¿cómo es hoy día ese vínculo que les une?

– El proceso no fue fácil, como es obvio, y eso mismo permitió construir el fuerte vínculo que nos une hoy. Mi nieta Macarena es muy valiente.

Gelman no enterró a su hijo; encontraron los restos 13 años después de que lo mataran. Él vivía en Roma, en el exilio, y era vecino de un dirigente sindical demócrata cristiano. A través de él, se puso en contacto con la Secretaría de Estado de El Vaticano; allí dio con un sacerdote muy culto, que hablaba perfectamente español y que se interesó por el tema. Pocos meses después él logró saber que su hijo y su nuera habían muerto, pero que ella, que estaba embarazada, tuvo un bebé. Esa información venía en inglés; decía child was born, así que no supo si era niño o niña hasta el año 2000, cuando por fin encontró a su nieta, a la «la herencia de mi hijo». Y lo consiguió con la ayuda de Mara, su segunda mujer. Tras investigar durante tres años supieron que la madre de la niña fue un regalo de los militares argentinos a los uruguayos porque estaba embarazada. Confiaban en que algún día apareciera la pieza del rompecabezas que faltaba y así ocurrió, en forma de una vecina que les llamó para contarles que siempre había sospechado de la pareja en cuya puerta, un día, alguien dejó una canastita con un bebé. Tras ese feliz encuentro tratan todos de mirar hacia delante pero, coherentes con sus ideas sobre la necesidad de la memoria, tratando de que se haga justicia con los asesinos, algunos de los cuales ya están presos y otros a la espera de juicio. Detrás de todo ello, el deseo de recuperar los restos de su nuera para poder llevar algún día flores a su tumba.

**«El dolor / parece algo leído, un papel /
arrugado y sin rostro /
que ya vivió»**

– Recientemente una joven no mucho mayor que su nieta ha llevado a los tribunales a las personas que la robaron a sus verdaderos padres siendo un bebé durante la dictadura y la criaron bajo esa mentira. Supongo que esta historia le ha conmovido.

– Supone usted bien.

Debe de ser éste un tema especialmente difícil para Juan Gelman, después de luchar durante más dos décadas por encontrar a su nieta robada y contarle la verdad sobre sus padres. Hoy ella ha recuperado el apellido Gelman y, sin embargo, en una charla sobre este caso –que le parece especialmente duro–, cuando está a punto de marcharse a París a visitar a Macarena, cuenta que mantienen una buena relación con la mujer a la que su nieta ha llamado siempre, y sigue llamando, «mamá».

– ¿Es posible ser feliz? Muchos de sus poemas de amor delatan momentos de felicidad.

– No sé si es posible ser feliz todo el tiempo. La vida es una carga difícil de llevar. Pero esos momentos de felicidad sí, existen.

– ¿Qué significa para usted el gusto de ser otro en los poemas? En muchas de sus obras ha usado heterónimos como Sydney West, Julio Grecco, John Wendell o Yamanokuchi Ando.

– No son heterónimos a la manera de Pessoa. Son más bien pseudónimos y su origen es diferente. En los años 60 fingí ser Sidney West, John Wendell o Yamanokuchi Ando –«o poeta es un fingidor», dice Pessoa– para salir de un intimismo que me ahogaba. Necesité que me escribieran otros. La invención de José Galván y Julio Grecco en el exilio de los 70 obedeció al deseo de mostrar que los poetas asesinados en la Argentina–y no fueron pocos–continuaban en su obra. Sin duda habrá notado usted que sus nombres tienen iniciales idénticas a las mías y que, a diferencia de los anteriores, sus estilos no cambian.

– ¿Vive en un dentro-fuera permanente, como dice en «Lejanías», nunca del todo con los otros ni del todo solo?

– Lo que llamo vivir un «dentrofuera» es algo que le sucede a todo el mundo.

«No sé si es posible ser feliz todo el tiempo. La vida es una carga difícil de llevar»

– *En Mundar sigue otro de sus trabajos más constantes como escritor: el de reinventar palabras, forzar sustantivos hasta que se vuelvan verbos, como recaballar. ¿El compromiso mayor que puede adquirir un poeta es el de rebelarse contra el lenguaje?*

– No es un compromiso y tampoco una rebelión. Es una necesidad. El lenguaje tiene límites que todos los pueblos ensanchan cada día. Desde que empezaron a hablar.

– *Sea como sea, su poesía parece ser cada vez más compleja. ¿El camino de lo ya dicho se va estrechando cuando uno no quiere volverlo a andar sino seguir avanzando?*

– No lo sé, la poesía no es cuestión de voluntad. Uno escribe lo que puede, no lo que quiere, escribe lo que la obsesión le dicta y no hay preceptiva alguna para ello. Cada poeta sigue su propio camino.

Para Gelman esa obsesión se manifiesta incluso físicamente, cuando algo se mueve en su interior y no sabe qué es «uno trata de saber qué es, escribiendo». Suele citar a Pavese para describir ese proceso, cuando dijo que el poeta debe estar virgen, como si no hubiera escrito jamás, ante cada página en blanco. A medida que sucede la escritura, dice Gelman «se va encontrando la voz más cercana a la obsesión, que nunca se funde completamente con ella; la obsesión se va agotando y la expresión poética va ganando en cercanía a esa obsesión. Hay un momento en que se cruzan las dos líneas y, a partir de ese momento, como dice Pavese, se escriben los poemas más felices. Cuando la obsesión se agota o está a punto de agotarse, es mejor dejar de escribir»

– *En el poema «Saludo» bromea estableciendo una equivalencia entre «las guerras, la pobreza, los / malos poetas.», que considera «las mordeduras de la época.» ¿Tan nocivos y numerosos son?*

– Como dice el gran poeta mexicano Alí Chumacero, parodiando a Bécquer: «Podrá no haber poesía, pero siempre/habrá poetas».

– *¿Se puede luchar contra la tiranía desde los versos?*

«Uno escribe lo que puede, no lo que quiere, escribe lo que la obsesión le dicta y no hay preceptiva alguna para ello»

– La poesía no ha derribado a ningún tirano, pero ayuda a quienes lo han hecho.

Gelman ha huido siempre de hacer historia en su poesía pues, como suele decir, «el único tema de la poesía es la poesía misma». Tan sólo una mínima parte de su producción poética trata directamente de temas políticos o sociales y la razón es bien clara «yo odio ese término que inventaron los franceses: la poesía comprometida» En su lugar, afirma creer en la poesía casada: casada con la poesía. Y en este sentido le gusta recordar una anécdota del poeta francés Paul Eluard quien, cuando estalló la Guerra de Corea en 1950, no escribió ni un solo poema a favor de Corea del Norte, mientras el resto de poetas –compañeros de partido– sí se significaban en sus versos. Cuando le reprocharon que no escribiera nada sobre la guerra de Corea, Eluard dio una respuesta que Juan Gelman ha hecho también suya: «Yo escribo poemas sobre esos temas solamente cuando la circunstancia exterior coincide con la circunstancia del corazón».

– *Durante mucho tiempo ha ejercido también el periodismo con una columna semanal en un par de diarios ¿Vuelca en sus artículos todo lo que no cabe en sus poemas?*

– No, son dos esferas diferentes. En periodismo se pueden escribir cosas que la poesía no soporta. Y viceversa.

– *Quizás el periodismo presenta una mayor crítica de los mitos ideológicos*

– Sí, eso me recuerda una anécdota de Tito Montenoso respecto a los mitos de la educación religiosa. Alguién le contaba a Tito que los curas contaban a los niños que la práctica del onanismo hacía que de mayores fueran petisos y calvos, a lo que Montenoso respondió, señalándose a sí mismo, que no todo era superstición.

– *He pedido una pregunta prestada al poeta, amigo suyo y además compañero en esta nueva colección, Palabra de Honor, de la editorial Visor en la que se publica Mundar, Luis García Mon-*

**«En periodismo se pueden escribir
cosas que la poesía no soporta.
Y viceversa»**

tero: «Sé que los libros arden, porque he contemplado muchas locuras y ceremonias inquisitoriales. Pero, ¿y las palabras, arden las palabras? Cuando se baja al infierno o al vacío, ¿las palabras arden? Tal vez sólo se rompan, se desesperen, y sea posible volver a darle curso poético. En ese caso más que cenizas, serían astillas. Me interesa preguntarle, Juan, hasta qué punto las palabras pueden dar compañía cuando la historia y la vida nos condenan al infierno».

– Eso depende de las palabras y de quien las escucha ©